

# JOSÉ RAMÓN MÉLIDA Y LA EGIPTOLOGÍA EN ESPAÑA (1875-1925)

DANIEL CASADO RIGALT

## RESUMEN:

José Ramón Mélida puede considerarse como el arqueólogo español más representativo del medio siglo que transcurre entre 1875 y 1925. Heredero de la tradición anticuarria precedente, Mélida supo imprimirle a la Arqueología nuevos aires en sintonía con los principios positivistas y científicos. Llevó a cabo una intensa labor egiptológica hasta 1900, ante la imposibilidad de ver creada una cátedra de Egiptología en la Universidad.

## SUMMARY:

José Ramón Mélida is the most important archaeologist in the period between 1875 and 1925. Being a heir of the former antiquarian tradition, he knew how to conform the old Archaeology to the Positive and Scientific Principles. He had a French influence in his education, because of his research training. He carried out an intense work as Egyptologist until 1900, before the impossibility to see created a chair of Egyptology in the University.

La civilización egipcia ha despertado en España un interés científico que se remonta al siglo XIX. Con cierto retraso respecto a países como Inglaterra, Francia, Alemania o Italia, algunos arqueólogos e intelectuales españoles iniciaron una labor egiptológica que trataba de reducir la distancia con los grandes egiptólogos europeos del momento. En esa puesta al día de los estudios egiptológicos en España, José Ramón Mélida Alinari desempeñó un papel fundamental gracias a su autodidactismo, a sus iniciativas a nivel institucional y a sus contactos con arqueólogos franceses.

Antes de que Mélida manifestara su afición por la egiptología, varias personas habían mostrado interés por el país faraónico. Antonio Balbín de Unquera había leído en 1868 el discurso inaugural del año académico ante la Academia Real Espa-

ñola de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso<sup>1</sup> con el tema *Arqueología egipcia*. Rodrigo Amador de los Ríos y Manuel Aníbal Álvarez habían sido los primeros españoles en explorar los monumentos del Alto Egipto gracias a la pensión concedida desde la Academia de Bellas Artes de Roma. También conviene citar la labor de campo llevada a cabo por el diplomático español Eduardo Toda<sup>2</sup>, quien llegó a publicar hasta tres monografías tituladas *Estudios Egiptológicos*, siempre con la intención de fondo de crear en España una escuela egiptológica, cosa que no ocurriría. Otros, como Manuel Sales y Ferré y Miguel Morayta<sup>3</sup>, se acercaron al antiguo Egipto con el rigor y seriedad científica que la nueva disciplina reclamaba.

Con estos exigüos antecedentes, era enorme el recorrido de una disciplina que apenas había comenzado a andar en nuestro país. El primer acercamiento de Mérida a cuestiones del Antiguo Egipto se produjo en la Escuela Superior de Diplomática, su primer centro de formación académica entre 1873 y 1975. Su afición por la egiptología, que apenas contaba con tradición en España, se vio refrendada y estimulada por sus profesores Manuel de Assas y Juan de Dios Rada y Delgado. Al segundo se refirió Mérida en estos términos: «en España, donde se considera la egiptología como cosa de poca importancia<sup>4</sup>, sólo el infatigable y distinguido Rada y Delgado ha iniciado su estudio con verdadero acierto»<sup>5</sup>. Corría el año 1881 y Mérida se estaba formando como conservador al lado de Rada en la sección de Prehistoria y Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional. Se trataba de una labor museológica en la que el futuro arqueólogo tuvo la oportunidad de catalogar y conocer piezas de primera mano. Lejos de conocer la cultura egipcia sobre el terreno, cultivó la Egiptología durante estos años como un «arqueólogo de gabinete». Su acceso a la cultura egipcia quedaba reducido a sus lecturas, a su labor museológica y a las correspondencias que comenzaba a mantener con egiptólogos foráneos, sobre todo franceses.

En la trayectoria formativa del Mérida egiptólogo debe considerarse el año 1883 como un punto de inflexión. Contaba con 27 años y ese año realizó un viaje a París

<sup>1</sup> Sobre las circunstancias de su formación y disolución, véase LUZÓN NOGUÉ, J. M. (1993), pp. 271-275.

<sup>2</sup> Eduardo Toda (1855-1941) puede considerarse el más precoz egiptólogo del panorama nacional. El 17 de abril de 1884 llegó a Alejandría como cónsul general. A partir de ese momento, ejerció una actividad egiptológica de campo que le convirtió en el primer español considerado propiamente egiptólogo. Mantuvo una fluida amistad con el destacado arqueólogo Gaston Maspero. Más datos en BEDMAN, T. (1998); en MARTÍN VALENTÍN, F. (1992-1994), capítulo titulado *Eduardo Toda: el primer egiptólogo español*; en TODA, E. (1991); en BEDMAN, T. (2001); y en PASAMAR ALZURIA, G. & PEIRÓ, I. (2002), pp. 616-618.

<sup>3</sup> Político y publicista español que militó en las filas anticlericales y se mostró firme partidario de la Revolución de 1868. Llegó a dirigir (desde 1889) «El Gran Oriente Español», especie de logia masónica que llegó a ser una de las de mayor influencia en el siglo XX. Fue catedrático de Historia de la Universidad Central y llegó a escribir un discurso en la inauguración del curso académico 1884-1885 titulado *Historia y civilización del Egipto faraónico*.

<sup>4</sup> España se sumó tarde al mundo de la egiptología. Cuando Vivant Denon publicó en 1802 su obra *El viaje al Bajo y Alto Egipto durante las campañas del general Bonaparte*, la repercusión en España fue mínima. A la pérdida de las colonias americanas, se sumó la invasión francesa sobre España, lo que dio como resultado un distanciamiento del país vecino y de sus logros culturales.

<sup>5</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1881), pp. 93-105. Debe considerarse como un punto de inflexión el viaje de la fragata *Arapiles* de 1871 en el que Rada tuvo la ocasión de visitar y conocer Alejandría. Ahí comenzó su verdadero interés por Egipto.

en el que tuvo la oportunidad de conocer museos y colecciones arqueológicas del Egipto Antiguo. Del Museo del Louvre llamó su atención el hecho de que no hubiera un museo dedicado a la Prehistoria, sino que «*comienza por los monumentos de aquel pueblo que en las tradiciones escritas de la humanidad, abre los tiempos conocidamente históricos: el Egipto*»<sup>6</sup>. Esta civilización era, en estos primeros años de su carrera profesional, su ocupación favorita. Recorrió con esmero cada sala del Louvre, reparando en los detalles museográficos y en los sistemas de clasificación establecidos en el Museo egipcio del Louvre por el ilustre Champollion, primero; y por el Vizconde de Rougé, después. Asimiló el buen criterio empleado por los franceses en la catalogación de las piezas así como el sentido práctico y científico proyectado en las distintas salas. Sin embargo, echó en falta un catálogo extenso como el de la Sala Histórica del Louvre, aunque confiaba en que el conservador de aquel año de 1883 Paul Pierret<sup>7</sup> supliera esta deficiencia. El antecedente a este catálogo era el *Manual de Arqueología Egipcia* del Vizconde de Rougé, que comprendía las salas restantes del Museo.

Entre los aspectos de la cultura material que Mérida se detuvo a analizar estaba la cerámica egipcia. Reparó en la ornamentación geométrica que presentaban ciertos vasos egipcios, cuyas analogías le llevaron a emparentarla con la de los vasos fenicios y griegos, de estilos primitivo y corintio. Esta primera reflexión sobre la tipología cerámica sería el principio de una faceta que abordaría durante prácticamente toda su carrera de arqueólogo.

Como fruto de su provechosa visita, las salas funerarias y de los dioses del Egipto Antiguo en el Museo del Louvre merecieron la publicación de un artículo por parte de Mérida<sup>8</sup>. A la primera se refirió en los siguientes términos: «*Basta pasar una ojeada por esta sala, auxiliándose del libro del Vizconde Rougé, a fin de penetrar el significado de los símbolos y jeroglíficos que decoran los sarcófagos, vasos canopos, cofrecillos, efigies de momias y papiros, para penetrarse de la idea dominante en el antiguo Egipto, más trascendental e importante que ninguna otra: la idea de la inmortalidad del alma*»<sup>9</sup>.

Sus comentarios se extendieron a la sala dedicada a los dioses egipcios, en la que Mérida reconoció «*la mano inteligente e innovadora del docto Pierret, quien sin duda ha alcanzado a comprender mejor que nadie el difícilísimo simbolismo religioso de los egipcios, reconstruido íntegro su panteón y deducido de él el verdadero dogma egipcio*»<sup>10</sup>. Le tributó gran admiración, no sólo por su labor museológica desempeñada en el Louvre sino por su prolija obra literaria en materia egiptológica. Entre las que Mérida tuvo la ocasión de consultar se encuentran, sobre todo, dos: *Petit Manuel de mythologie égyptienne* (París, 1878) y *Essai sur la mythologie égyptienne* (París, 1879), a la que debió de tener acceso en la biblioteca del Museo Arqueológico Nacional, en una de tantas

<sup>6</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 b). Corresponde al 10 de marzo de 1884.

<sup>7</sup> Había sido nombrado conservador adjunto del Museo de Antigüedades Egipcias del Louvre en 1867, consiguiendo el cargo de conservador titular seis años después, en 1873. Una de sus obras más importantes fue *Petit Manuel de Mythologie*, publicado en París en 1878.

<sup>8</sup> Vid. MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 b), correspondiente al 2 de junio de 1884.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> Vid. MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 b), correspondiente al 2 de junio de 1884.

jornadas de estudio y formación. Es, indudablemente, Paul Pierret uno de los maestros con los que contó Mérida en su etapa de formación como egiptólogo. De él aprendió los pormenores del culto egipcio al sol y las distintas divinidades que formaban el panteón egipcio.



La visita de Mérida al Museo del Louvre se saldó con la máxima atención sobre las salas relacionadas con el Antiguo Egipto, en detrimento del resto de períodos. A su juicio, la egiptología francesa «*está de moda entre los sabios*» y no negaba su «*veneración profundísima*» a esta disciplina. Es evidente que el motivo principal de su viaje a Francia está en línea con el vanguardismo que este país había mostrado en materia egiptológica<sup>11</sup>. Mérida debió de sentir la necesidad de conocer in situ el mejor museo egipcio del mundo, así como a los artífices de su exposición y gestión: Vizconde de

---

<sup>11</sup> Sobre las actuaciones francesas en Egipto hasta este año, *vid.* GRAN AYMERICH, E. (2001), pp. 96-106, 107-122, 253-262 y 325-329.

Rougé, Champollion y Pierret. Además, alabó la tarea didáctica y académica de la Escuela del Louvre, en la que se explicaban asignaturas como: Arqueología Egipcia, por Pierret; Lengua Demótica; Derecho Egipcio y Economía Política del Antiguo Egipto, por Revillout<sup>12</sup>.

La egiptología se había convertido en su gran pasión de juventud, sobre todo después de este viaje a París. El Louvre contaba entonces con un importante caudal de fondos, gracias a las misiones emprendidas por arqueólogos galos como Drovetti, Rifaud, Champollion, Mariette o Maspero desde el siglo anterior<sup>13</sup>, que despertó en Mérida el interés por su civilización.

Mérida, sin embargo, no volcó todo su esfuerzo en formarse como egiptólogo. Además de su instrucción funcional para entrar a formar parte del «Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos» encontró en la novela una vocación paralela que cultivó entre 1880 y 1901. De su producción literaria cabe reseñar la primera de ellas: *El Sortilegio de Karnak*, publicada en 1880 en colaboración con Isidoro López Lapuya<sup>14</sup>. Una doble motivación confluye en esta obra. Por un lado, el interés del autor por adentrarse en el Egipto faraónico; y por otro, el deseo de cultivar un género estilado por entonces, la novela histórica. El citado género literario estuvo claramente influenciado por la corriente historicista, que hizo su aparición en el último cuarto del siglo XIX. *El Sortilegio de Karnak* mereció que su maestro Rada y Delgado se refiriera a ella como «su bien escrita novela «*El Sortilegio de Karnak*»<sup>15</sup>.

El Mérida novelista pretendía una observación rígida de la realidad, semejante a la del científico experimental. Recurría con frecuencia a detalladas descripciones y «paseos narrativos» por la vida cotidiana, tratando de desarrollar la «epopeya diaria» en Egipto: «*las paredes de aquel sagrado recinto estaban decoradas con preciosos bajorrelieves (...) en el centro del templo alzábase sobre un pedestal la Triada Tebana: Ammon, el dios de los dioses y creador del mundo, esculpido en basalto y sentado en rica silla (...) se levantaba entre Maut y Khons (...) se movían mesurados aquellos severos sacerdotes, vestidos con blancos calisiris y calzados con tabtebs de hojas de papiro*»<sup>16</sup>. Atendiendo a su estilo literario podría encuadrarse dentro de la corriente realista de la segunda mitad del siglo XIX, caracterizada por la fidelidad descriptiva y la atención al detalle. En cierta manera, era una época de colaboración entre Literatura y Arqueología. Una evasión en el tiempo, característica típicamente romántica, era la que acercaba al escritor a los sugerentes paisajes arqueológicos, desde los que, no conforme con contemplar, trató de reconstruir el pasado. Ese afán reconstructivo es, según Ricardo Olmos, «*el verdadero germen de la literatura arqueológica*»<sup>17</sup>, que en Mérida incorporó un componente

<sup>12</sup> Eugéne Revillout fue por espacio de muchos años director del Museo egipcio y profesor de la Escuela del Louvre, llegando a dirigir la «Revue egyptologique». Publicó numerosas obras relacionadas con Egipto y las lenguas orientales entre 1873 y 1913.

<sup>13</sup> Vid. VERCOUTTER, J. (1997), pp. 54-110.

<sup>14</sup> Sobre López Lapuya, véase ALMELA BOIX, M. A. (2004), p. 262.

<sup>15</sup> Palabras de Rada y Delgado, recogidas en un documento del Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares con la siguiente referencia: EC-Ca 19, signatura topográfica 31-49.

<sup>16</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1880), pp. 7-12.

<sup>17</sup> En OLMOS ROMERA, R. (1992), p. 54.

didáctico, como corresponde a alguien que compartió inquietudes con los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Sus obras debieron de ir dirigidas a un público con perfil de burguesía culta, ávida de nuevos horizontes temáticos y de un espíritu que le permitiera alejarse de la monotonía urbana e industrial que había dominado y dominaba el siglo XIX. En este siglo, la clase burguesa había tomado el testigo de los aristócratas coleccionistas del XVIII, incorporándose así al interés por estos dominios culturales. Y ya en el cambio de siglo este papel desempeñado en gran parte por el público burgués, comenzaría a ser sustituido por la incipiente creación de Museos de Estado y colecciones de universidades.

Desde el punto de vista interno, conviene señalar que Mérida utilizó muchas notas a pie de página y mostraba al final una relación bibliográfica de las obras consultadas, poniendo de manifiesto el alto contenido de erudición de esta novela, concebida desde unos parámetros más propios de un estudio científico que de una novela literaria<sup>18</sup>. No citaba a ningún arqueólogo ni historiador español, cosa lógica si se tiene en cuenta que fue ésta la primera obra escrita sobre cultura egipcia, amén del casi inexistente cultivo de la afición por la egiptología<sup>19</sup> en aquellos años. Con tratamiento de novela histórica<sup>20</sup>, Mérida se adentró en una historia ambientada en los gloriosos días del Egipto faraónico.

La terminología empleada por Mérida revela un conocimiento avanzado del tema, hasta el punto de que Antonio García Gutiérrez —dramaturgo de formación y director del Museo Arqueológico Nacional, por entonces— escribió en su expediente que José Ramón Mérida merecía el título de egiptólogo. Más lejos llegó María Asunción Almela Boix. La autora recoge que en la voz «Mérida» del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de 1899 (donde Mérida colaboró en varias voces y por lo cual cobraba 4.000 pesetas anuales), se le describe como «*el único egiptólogo que tenemos en España*»<sup>21</sup>.

Su segunda publicación acerca del antiguo Egipto fue un catálogo titulado: *La colección de antigüedades egipcias que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional*. Publicado en 1881<sup>22</sup>, en la «Revista de España», contiene una relación de reliquias, repartidas entre los siguientes apartados: estatuas de divinidades, efigies funerarias, objetos hallados en hipogeos, sarcófagos y momias. El sistema de catalogación seguido aquí por Mérida pone de manifiesto un criterio planteado desde la nueva catalogación arqueológica. Tuvo en cuenta cuatro parámetros —procedencia, cronolo-

<sup>18</sup> *Vid.* LARA PEINADO, F. (1991), p. 190.

<sup>19</sup> Sobre los primeros pasos de la Egiptología en España, previos a que Mérida comenzara a mostrar inquietud por esta disciplina, *vid.* MARTÍN VALENTÍN, F. J. (1992-1994); y LARA PEINADO, F. (1991), pp. 188-189. Se cita a autores del siglo XVIII y XIX como Lorenzo Hervás y Panduro, Julián Sanz del Río, Alberto Lista y Aragón, Miguel Morayta, Manuel Sales y Ferré y Eduardo Toda.

<sup>20</sup> Es realmente la novela histórica el primer género que se decidió a cultivar Mérida y uno de los que más fervor alcanzó en la segunda mitad del XIX.

<sup>21</sup> En ALMELA BOIX, M. A. (2004), p. 263.

<sup>22</sup> El año en que se publicó coincide con la proclamación de la «libertad de expresión» (ya declarada en la Constitución de 1876 pero que no se hizo realidad hasta 1881, quedando definitivamente recogida en la Ley de Imprenta de 1883).

gía, material y tipología— en lo que suponía una adaptación a las exigencias del progreso de la ciencia. Es lo que Thomas Kuhn<sup>23</sup> llama «paradigma» o modelo científico universalmente reconocido que proporciona soluciones a una comunidad científica. Los sistemas de catalogación se presentan como un paradigma en Arqueología, un nuevo recurso para encuadrar y analizar el hasta entonces disperso caudal de datos contenidos en las piezas arqueológicas.

En esta obra aprovechó Mérida para denunciar la escasa aceptación que la cultura egipcia tenía entre los españoles: «lamentamos se hallen tan olvidadas en nuestra patria, mientras en los demás países de Europa gozan de tanta estimación por parte de los sabios (...) en España, donde se considera la egiptología como cosa de poca importancia, sólo el infatigable y distinguido Rada y Delgado ha iniciado su estudio con verdadero acierto»<sup>24</sup>. Mientras en España la civilización egipcia pasaba casi desapercibida, eruditos, viajeros y estudiosos de distintas partes de Europa llevaban varios siglos «explorando y saqueando» sus riquezas arqueológicas<sup>25</sup>. Los franceses se revelaban, de forma casi abrumadora, como la «cantera» bibliográfica preferida por Mérida, seguida por alemanes e italianos. El francés era la segunda lengua de José Ramón Mérida, al igual que de casi todos los españoles que hablaban un idioma foráneo. De hecho, era el idioma que se estudiaba en el bachillerato por aquellos años<sup>26</sup>. Con todo, la afición de Mérida por las cuestiones egipcias puede catalogarse como «egiptología de gabinete», ya que no participó en ninguna excavación ni trabajo de campo que tuviera a un yacimiento egipcio como protagonista. De hecho, su primer viaje a Egipto lo efectuó bastantes años más tarde, en 1909, con motivo de la celebración de un congreso en El Cairo.

Aparte de su vertiente literaria, José Ramón Mérida comenzó a pronunciar sus primeras conferencias en instituciones culturales madrileñas. En la noche del día 6 de mayo de 1884, leyó una conferencia en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid sobre *La religión egipcia*, que apareció publicada ese mismo año<sup>27</sup>. Justificaba el autor la elección del tema de esta conferencia cuando decía: «basta una ojeada en los libros o en los museos sobre los monumentos y reliquias de la civilización egipcia, para observar la cuantiosa abundancia de imágenes sagradas y de sus atributos ó emblemas»<sup>28</sup>. Herodoto mismo calificó Egipto como «el país más religioso del mundo». Mérida sintió pronto la llamada de la religión egipcia y quiso adentrarse en sus aspectos más ocultos, interesándose en averiguar si ese carácter se debía a la fe en el dogma o a la in-

<sup>23</sup> Vid. KUHN, T. S. (1981).

<sup>24</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1881), pp. 93-105.

<sup>25</sup> Cfr. VERCOUTTER, J. (1997), pp. 20-110. Entre los pocos españoles que mostraron cierto interés por la egiptología a finales del XIX cabe destacar al diplomático Eduardo Toda - véase TODA, E. (1991) y BEDMAN, T. (2001) - y a Juan Víctor Abargués de Sostén. Este aficionado al país faraónico e ilustre viajero había leído un discurso en la Sociedad Arqueológica Española el 8 de febrero de 1879, para el cual utilizó un dibujo sobre el *Juicio del Alma en L'Amenti faraónico*, que posteriormente regaló a la Real Academia de la Historia en la sesión del viernes 18 de abril de 1879. El citado dibujo tenía por finalidad ilustrar la conferencia mientras era leída.

<sup>26</sup> Cfr. GUTIÉRREZ CUADRADO, J. (1985), p. 73.

<sup>27</sup> Vid. MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 a).

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 2.

fluencia política del sacerdocio. En su análisis pormenorizado del panteón egipcio criticó a toda una eminencia como Champollion, al que acusó de equivocarse en la relación existente entre los miembros del Panteón<sup>29</sup>. Los emparentó —erróneamente según Méliida— con divinidades griegas y romanas, lo que chocaba con la defensa que Méliida realizaba de la originalidad de la religión egipcia. No obstante, fue objeto de excelente crítica por parte de Méliida el conservador del Louvre Paul Pierret, al que se refirió en los siguientes términos: «*ha podido reconstruir completo el Panteón egipcio y el dogma tal cual lo comprendían los teólogos de las escuelas de Heliópolis y de Menfis*»<sup>30</sup>. En el desarrollo principal de la conferencia, Méliida se centró en ofrecer un cuadro de lo que eran ese dogma y ese Panteón.

El día 31 de octubre de 1886 a las 9 de la noche, pronunció en el Círculo de Bellas Artes una conferencia sobre el tema *Paralelos de las artes figuradas del Egipto y de la Grecia*. Otras conferencias suyas pronunciadas en el curso 1889-1890 llevaron el título de *Las pirámides de Egipto*. Varios años más tarde, en el año 1909, pronunció varias conferencias desde el domingo 6 de junio y los sucesivos hasta el 4 de julio, como parte de un curso sobre el tema *El templo y la tumba en el Egipto antiguo*.

Desde el punto de vista académico, la mayor aportación de Méliida a la egiptología española fue el manual *Historia del arte egipcio*, publicado el mismo año que vio la luz la *Historia del arte griego*. Sobre las motivaciones que le llevaron a escribirlo hay que tener en cuenta la consideración de que para Méliida fue éste el arte más original en el proceso histórico y la raíz de los demás. Además, reconocía que por espacio de veinte años había sido su estudio predilecto. Algunas de sus observaciones críticas las llegó a divulgar en los cursos que impartió en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid —primer curso impartido en España sobre este tema— el mismo año de la publicación del manual, mientras en Egipto comenzaba aquel año de 1897 la construcción del Museo Egipcio de El Cairo<sup>(31)</sup>. Precisamente, en un momento en el que la Historia del Arte parecía haber tomado carta de naturaleza en el plan general de enseñanza secundaria. Su convicción<sup>32</sup> de que el arte egipcio era la fuente de inspiración de gran parte del arte antiguo apareció reflejada en el texto de este manual:

«Importa conocer el arte egipcio, por la superior antigüedad que cuenta sobre el de otros pueblos, y por hallarse en él los verdaderos orígenes de los demás. Hace pocos años, cuando se escribieron las primeras historias generales de las Bellas Artes, atendiendo más a tradiciones legendarias y a hipótesis etnográficas que a los datos que arrojan los monumentos

<sup>29</sup> Es de suponer que se refería a la obra de Champollion *Panthéon égyptien*, publicada en 1823 durante su exilio parisino (en 1821 había abandonado la insurrecta Grenoble).

<sup>30</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 a), pp. 5-6.

<sup>31</sup> A finales del siglo XIX el arqueólogo francés Auguste Mariette exhortó al gobierno egipcio a construir un museo propio que contuviera los monumentos más destacados. Cuando el arquitecto Marcel Dourgnon ganó el concurso de diseño del museo, se puso comienzo a su construcción en 1897, inaugurándose cinco años después.

<sup>32</sup> El mismo planteamiento podemos verlo en LARA PEINADO, F. (1991), pp. 189-190. El mismo autor denuncia errores de bulto en algunos datos y reflexiones contenidos en este manual. Algo lógico si tenemos en cuenta que se trataba del primer manual publicado sobre arte egipcio.



mismos, pretendieron algunos eruditos que la cuna de las artes debió estar en la India (...) Otros señalan a la China, cuyas antigüedades más remotas datan de los siglos XX a XII antes de Cristo (...) Los orígenes egipcios del arte antiguo son patentes en la arquitectura adintelada que practicaron los asirios, los persas y los griegos; en la rigidez hierática de las esculturas caldeas y asirias; en las numerosas reminiscencias de estilo y de factura que nos ofrecen el arte primitivo de la Grecia, el arte miceniano, entre cuyas piezas las hay evidentemente egipcias (...) En suma, el Egipto, como ha dicho muy bien Perrot, es el abuelo de las naciones civilizadas, cuyos verdaderos orígenes hay que buscar en él».<sup>33</sup>

En el presente manual el autor centró su interés en aspectos del Antiguo Egipto como la naturaleza, la religión o la arquitectura, en la que Mérida hizo gala de un dominio escrupuloso de los elementos constructivos egipcios. No fue mucha, ciertamente, la aportación de Mérida a la egiptología europea<sup>34</sup>, cuyo proceso de formación y consolidación tuvo lugar a lo largo del siglo XIX. Hasta el momento en que salió a luz su manual no había participado en campaña arqueológica alguna y su labor de investigación se reducía a la lectura y puesta al día de la producción bibliográfica de sus colegas franceses, alemanes e ingleses. No obstante, en el plano nacional actuó de avanzada respecto de otros arqueólogos españoles y, con la publicación del manual, contribuyó a divulgar una civilización que no contaba con un manual en España.

Un año después de ver la luz su *Historia del arte egipcio*, dedicó un nuevo artículo a esta civilización en el «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones». Concretamente, sobre los bronceos egipcios contenidos en el Museo Arqueológico Nacional. Se trataba de piezas que pertenecían al antiguo fondo del Museo, formado por las reducidas series de la Biblioteca Nacional y del Gabinete de Historia Natural<sup>35</sup>. No eran más de una docena de figuras, que se diferenciaban de las adquiridas posteriormente, por la buena calidad del bronce y la finura del trabajo. Las procedentes del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional habían pertenecido anteriormente al Real Palacio y las del Gabinete de Historia Natural pertenecieron a la colección formada en París por Don Pedro Franco Dávila, quien la cedió al rey Carlos III. Este último fue el responsable de que fueran definitivamente expuestas en dicho museo. Cuando ya formaban parte del Museo Arqueológico Nacional, fueron objeto de una docta monografía por parte de Juan de Dios de la Rada y Delgado, con el título de *Estatuas de divinidades egipcias*. Mérida emparentó las citadas estatuillas con los caracteres propios del estilo saíta, considerada por él como la fase de perfeccionamiento técnico que recorrió el arte egipcio. Se trataba de bronceos de lujo que se guardaban en templos o en las casas particulares a modo de penates, con fines similares a los exvotos. Siguiendo los criterios iconográficos propuestos por Gaston

<sup>33</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1897), pp. 4-8.

<sup>34</sup> Para conocer la historia de la egiptología en España y en Europa, *vid.* MARTÍN VALENTÍN, F. (1992-1994) y JANSSEN, R. M. (1992), respectivamente.

<sup>35</sup> Tanto las de la Biblioteca Nacional como las del Gabinete de Historia Natural fueron registradas por el profesor Emilio Hübner en su libro *Die Antiken Bildwerke in Madrid* (1862, pp. 190 y 231). Esta obra venía a ser un inventario de todas las colecciones madrileñas de escultura antigua.

Maspero<sup>36</sup>, a quien Mérida consideraba como el más perspicaz de los egiptólogos franceses<sup>37</sup>, los bronces debían fecharse en la dinastía XXII. Los más llamativos representaban a divinidades como Amon-Ra, Osiris, Osor, Api, Isis y Phta.

Egipto y Grecia pueden considerarse como las dos civilizaciones del pasado en las que Mérida volcó sus primeros años como investigador. La moda decimonónica por la Arqueología de estos dos países, las excavaciones de franceses y alemanes en Egipto y Grecia, el colonialismo reinante, las sorprendentes noticias de hallazgos arqueológicos, el morbo e interés por lo desconocido y las posibilidades que apuntaba una disciplina tan reciente como la Arqueología, hicieron mella en el arqueólogo madrileño. De él surgió también el deseo, propio de un talante inconformista y científico, de poner en orden sus conocimientos adquiridos y emprender la tarea de comparar las artes figuradas de Grecia y Egipto, proponiendo nuevos puntos de vista y tratando de aportar distintos enfoques.

En el cambio de siglo contaba Mérida con 44 años y su actividad estaba vinculada a muchas ramas de las letras y las humanidades. Había cultivado el género literario y el artístico. Había ejercido de crítico y había mostrado especial interés por dos culturas: la egipcia y la griega. Sin embargo, desde el año 1900 se produjo una pérdida de interés progresiva por la cultura egipcia. Los motivos hay que buscarlos en un hecho concreto: la negativa oficial para la creación de una cátedra de Arqueología Egipcia. Desde los contactos producidos entre Mérida y Rada y Delgado, discípulo y maestro se habían erigido en los máximos representantes de la egiptología en España en las dos últimas décadas del siglo XIX. El gran vacío de estudios egiptológicos<sup>38</sup> que había en España sólo quedaba compensado con el empeño que ponían ambos. Quizás detrás de esta actitud se escondía el objetivo de crear una cátedra de egiptología en la universidad<sup>39</sup>, siguiendo el ejemplo de otros países europeos<sup>40</sup>. Sin

<sup>36</sup> Para mayor información sobre la figura de Maspero, véase GRAN AYMERICH, E. (2001), pp. 258-259, 276-281, 325-328, 440-448.

<sup>37</sup> En CASCALES Y MUÑOZ, J. (1909), p. XIX, Mérida se refiere a Maspero como el que «*hoy más sabe de cosas egipcias*».

<sup>38</sup> La propia María José López Grande (en LÓPEZ GRANDE, M. J. (1997), p. 721) reconoce la escasa participación española en el proceso de formación de la Egiptología como disciplina científica, proceso que tuvo lugar a lo largo del siglo XIX. Este proceso se fraguó sobre todo en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

<sup>39</sup> El cambio radical en los programas de la Facultad de Letras recibió en el XIX un impulso considerable en Europa. Surgió la figura del especialista en la universidad alemana, fruto de una serie de acontecimientos históricos y, desde entonces, el rigor de la ciencia alemana sirvió de ejemplo para el resto del continente. En España, la llamada vieja universidad llegó hasta 1845, surgiendo la nueva con la Ley de Instrucción Pública de 1857: la Ley Moyano. La especialización, acometida ya por otros países de Europa, no llegó a España hasta la renovación en las facultades de Letras de García Alix, ministro de Instrucción Pública. En 1901 dividió en tres especialidades los estudios de la facultad: Filosofía, Historia y Letras, e incorporó la Escuela Superior de Diplomática a la facultad de Historia.

<sup>40</sup> Francia y Alemania fueron los primeros países en dotar a la universidad de estudios egiptológicos. La primera cátedra de egiptología del mundo se fundó en 1831, en el Collège de France (París), para Jean François Champollion. Once años más tarde, en 1842, la Universidad de Berlín no acogió la solicitud de Karl Richard Lepsius encaminada a la creación de una cátedra de egiptología. Sin embargo fue la iniciativa de la realeza prusiana - algo habitual hasta entonces - la que favoreció la formación de esta cátedra, desoyendo la negativa del estamento académico.

embargo, esto no ocurriría. La antesala del desencanto se refleja en unas palabras de Rada, pronunciadas en 1899 en el discurso de contestación al ingreso de Mélida en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, dos años antes de su fallecimiento el 3 de agosto de 1901:

«(...) y como en España, a pesar de los esfuerzos que para establecer las enseñanzas de egiptología y asiriología ha hecho el que tiene el honor de dirigiros la palabra, no hay tales enseñanzas, Mélida ha emprendido por sí sólo, el difícil estudio de aquella».

El mismo estado de decepción mostrado por Rada es el que hizo que Mélida acabara distanciándose de su afición por todo lo egipcio un año después. En el año 1900 tuvo lugar la negativa oficial para la creación de dicha cátedra. Curiosamente, las reformas del Ministro de Instrucción Pública Antonio García Alix<sup>41</sup>, por primera vez, contenían un decreto ministerial en el que se decía que si hubiera recursos se organizarían estudios de egiptología y asiriología. Esta sospechosa y repentina preocupación oficial, inexistente en todo el siglo XIX, tenía su justificación en una proposición de ley presentada en el Congreso de los Diputados por Miguel Morayta y Sagrario<sup>42</sup> en noviembre de 1899, en la que se pedía que se dotara una cátedra de Egiptología, Asiriología y Chinología en la Universidad Central. El propio Morayta había pronunciado el discurso de inauguración del curso universitario de la Universidad de Madrid en 1884 —titulado *Cronología de Egipto*— que se situaba en línea con la defensa de la libertad de cátedra y el progresismo, y que dio lugar a un gran escándalo por poner en duda las cronologías bíblicas. El caso es que ni la propuesta del diputado Morayta ni la del propio García Alix lograron lo que Rada, primero, y Mélida, después, habían tratado de conseguir. Este alejamiento casi obligado coincidía con el hecho de que la civilización ibérica comenzaba a contar con un mayor número de investigadores, arqueólogos e historiadores interesados en conocer más de cerca su enigmática y desconocida cultura.

En cualquier caso y a pesar del distanciamiento de Mélida respecto a las cuestiones egipcias, todavía publicaría numerosos artículos y reseñas que tenían al Egipto faraónico como protagonista. Sobre todo, sus teorías seguirían evidenciando una visión egiptocentrista, que se haría evidente en su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia en 1906. Su formación académica había sido eminentemente clásica y su progresivo alejamiento de la cultura egipcia acabó arrinconándole en una cierta obsesión helenocentrista, que fue matizando según la época. Las civilizaciones griega y egipcia habían sido el binomio favorito de Mélida a lo largo de sus primeros cuarenta años de vida. Sin embargo, su alejamiento de la cultura egipcia a raíz de la negativa a crear una cátedra de egiptología en la universidad madrileña en 1900, provocó que todas las teorías que tenían a Egipto como protagonista queda-

<sup>41</sup> Vid. GUTIÉRREZ CUADRADO, J. (1985), p. 83. Antonio García Alix desempeñó el cargo de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes entre el 18 de abril de 1900 y el 6 de marzo de 1901.

<sup>42</sup> Representante de las líneas que se abrieron camino desde la década de 1860 y que desbordaron el marco de la Restauración, estuvo vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y perteneció al movimiento masón. Vid. WULFF, F. (2003), pp. 141-147.

ran en suspensión o relegadas al desinterés que empezaba a sentir por la civilización faraónica. También tuvo una influencia directa el hecho de que por esos años se llevaran a cabo importantes campañas arqueológicas en territorio griego y turco (Mícnas, Troya, Olimpia, Creta, Pérgamo, etc), que trascendieron lo suficiente como para que en el resto de Europa se tomaran como referentes. Mérida también se vio afectado por el impacto de estas excavaciones, tomadas como modelo; y los resultados obtenidos hicieron que Mérida centrara su mirada más en Grecia que en Egipto para recurrir a explicaciones históricas que podían condicionar el desarrollo cultural del Mediterráneo Occidental.

Paradójicamente, la primera vez que apareció el nombre de José Ramón Mérida vinculado a un congreso fue en 1909 en El Cairo, cuando su interés por el Antiguo Egipto estaba en claro declive. Se trataba del Segundo Congreso Internacional de Arqueología (el Primer Congreso Internacional de Arqueología había sido celebrado en Atenas en 1906) y acudió en calidad de delegado del Gobierno y de la Real Academia de la Historia entre los días 7 y 15 de abril. Sólo dos de las comunicaciones presentadas en este congreso hicieron referencia a temas relacionados con la Península Ibérica. Una pertenecía al francés Jules Toutain<sup>43</sup> y llevaba por título *La difusión de los cultos egipcios en las provincias latinas del Imperio Romano*. La otra estaba firmada por Pierre Paris y se titulaba *Las falsificaciones de antigüedades egipcias en España: el pretendido sepulcro egipcio de Tarragona*<sup>44</sup>, *las estatuas egipzantes del Cerro de los Santos y los barros de Sotana*<sup>45</sup>. Mérida había dado cuenta del evento a la Real Academia de la Historia en la sesión del día 4 de junio, dos meses después de celebrarse el congreso, cuyas sesiones preparatorias fueron albergadas en Alejandría. La inauguración solemne se llevó a cabo bajo la presidencia del Jefe y las sesiones oficiales tuvieron lugar en El Cairo. Mérida, al igual que el resto de congresistas, tuvo la oportunidad de realizar una larga e interesante excursión al Medio y Alto Egipto para visitar los antiguos monumentos y apreciar los trabajos llevados a cabo por arqueólogos extranjeros para conservarlos y restaurarlos. A la vuelta del viaje, tuvo la ocasión de visitar varios museos y monumentos italianos.

En la citada sesión Mérida vertió una crítica sobre la comunicación de su colega galo Pierre Paris por tratarse de «*cuestiones de tiempo pasado y de las cuales no se ocupa ningún arqueólogo peninsular desde que, estudiados detenidamente esos objetos*<sup>46</sup>, quedó de-

<sup>43</sup> Arqueólogo parisino cuya actividad arqueológica estuvo centrada básicamente en Túnez y Argelia. Fue miembro, además, de la Escuela Francesa de Roma y publicó numerosos estudios acerca de los cultos y religiones en el entorno mediterráneo. Para más información véase GRAN AYMERICH, E. (2001) pp. 434, 475, 514-516, 618; y ESPASA CALPE (1929), tomo 63, pp. 38-39.

<sup>44</sup> Sobre los fragmentos de la supuesta tumba egipcia de Tarragona depositados y custodiados en la Real Academia de la Historia, véase ALMAGRO, M. & CASADO, D. & FONTES, F. & MEDEROS, A. & TORRES, M. (2004), pp. 415-418.

<sup>45</sup> Sobre las falsificaciones de Totana que fueron a parar a la Real Academia de la Historia por donación en noviembre de 2001 de Fernando Fontes, marqués de Torrepacheco, en memoria de su tío abuelo Mauricio Loize-lier, véase ALMAGRO, M. & CASADO, D. & FONTES, F. & MEDEROS, A. & TORRES, M. (2004), pp. 409-414.

<sup>46</sup> Actualmente, estas piezas forman parte del legado arqueológico de la Real Academia de la Historia. Vid. ALMAGRO, M. & CASADO, D. & FONTES, F. & MEDEROS, A. & TORRES, M. (2004), pp. 409-418.

*mostrada su falsedad*<sup>47</sup>. Adoptaba así Mérida un tono paternalista, protector y con ciertos visos patrióticos que trataban de hacer olvidar un error cometido por un compañero, Hernández Sanahuja. En cierto modo, salía en defensa así del nivel científico de los españoles, consciente de que la equivocación del tarraconense Sanahuja podría empañar la reputación de otros colegas españoles.

No obstante, lo más trascendente de este congreso tiene que ver con la insistencia de Mérida en que España tuviese un representante que asistiera a alguno de los institutos arqueológicos con el fin de que se adoctrinasen las enseñanzas egiptológicas, para estar a la altura del resto de naciones europeas. Así se lo debió de transmitir Mérida al Secretario de la Real Academia de la Historia, a juzgar por la carta que éste envió al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes Faustino Rodríguez Sampedro<sup>48</sup> el 11 de junio de 1909, una semana después de la junta académica en la que Mérida dio cuenta de las novedades del congreso. Pero sus esfuerzos, secundados por Antonio Sánchez-Moguel, no obtuvieron el fruto deseado y la institucionalización de la egiptología siguió sin tener acogida entre las autoridades culturales españolas hasta después de la campaña de Nubia y el regalo diplomático del Templo de Debod a Madrid en 1968<sup>49</sup>. En cualquier caso, el congreso de El Cairo permitió a Mérida conocer de cerca todos aquellos monumentos y templos que hasta entonces no había podido visitar. Resultado de sus viajes y estudios fueron las conferencias que prodigó a su regreso, especialmente en el Ateneo de Madrid, donde fue nombrado profesor de la Escuela de Estudios Superiores.

Prácticamente no apareció publicación suya alguna que tuviera a la civilización faraónica como protagonista hasta nueve más tarde de negarse la creación de la cátedra de Egiptología. En una de sus publicaciones de 1908 en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» retomó su afición por Egipto y abordó la modesta colección de esculturas que poseía el Museo Arqueológico Nacional, formada en su origen con las reducidas series que poseían la Biblioteca Nacional y el Museo de Ciencias Naturales. Fue acrecentada posteriormente con las colecciones de los señores Asensi y Toda; y donativos varios del gobierno egipcio. Dio cuenta de las siguientes piezas: unas pequeñas figurillas de madera de la colección Toda; un fragmento de relieve en estuco con la figura de una cabra procedente de un templo tebano, de donde lo extrajo Don José Hezeta; numerosas efigies funerarias en piedra y barro esmaltado; dos esculturas de piedra<sup>50</sup> y una docena de figuras de bronce<sup>51</sup> de época saítica.

<sup>47</sup> En FITA Y COLOMER, F. (1909), p. 368.

<sup>48</sup> Desempeñó la cartera ministerial entre el 25 de enero de 1907 y el 21 de octubre de 1909, siendo sustituido entonces por Antonio Barroso Castillo.

<sup>49</sup> En abril 1959, Egipto pidió ayuda a la UNESCO para salvar los monumentos arqueológicos amenazados por la construcción de la Gran Represa de Asuán. El 8 de marzo de 1960, la UNESCO lanzó un llamamiento internacional en el que se invitaba al mundo a conceder ayuda financiera y técnica para rescatar de las aguas el mayor número posible de los monumentos de Nubia. Se emprendió el estudio y la visita de todos los sitios situados entre Asuán y Semna. Se planificaron varios proyectos de salvaguarda y más de 50 países participaron otorgando ayuda técnica y económica. Tras su colaboración, el gobierno español se vio beneficiado con el regalo diplomático del Templo de Debod por Nasser el 30 de abril de 1968. Vid. MARTÍN VALENTÍN, F. (2001).

<sup>50</sup> Cfr. MÉLIDA ALINARI, J. R. (1908), pp. 6-9.

Entre el repertorio de publicaciones en las que colaboró Mérida durante 1909 cabe destacar la carta-prólogo que firmó en la obra de Juan Cascales y Muñoz<sup>52</sup> que llevó por título *Los egipcios en la Antigüedad. Su gobierno, su religión y sus costumbres*. No aparece el año de publicación de esta obra, cuya única referencia es la de que Mérida ya era académico de la Historia y director del Museo de Reproducciones Artísticas, lo que restringe el período de publicación de la citada obra a los años comprendidos entre 1907 y 1916. Pero la necrológica anterior permite asegurar que la obra fue publicada en 1909. Hay que considerar esta incursión como algo aislado, ya que a partir de 1900 Mérida se había ido alejando de los estudios egiptológicos desde que fuera negada la creación de una cátedra de egiptología en la Universidad. El caso es que debió de acceder a la petición de su colega Cascales, natural de Villafranca de los Barros, y acabó trazando una panorámica del Egipto faraónico, país que acababa de visitar recientemente, a base de comentarios e impresiones sueltas. Primeramente, dedicó unos párrafos a las pirámides, como muestra más típica de la grandeza monumental del país del Nilo. Y lo hizo con ese estilo retórico y literario que caracterizó gran parte de la literatura de Mérida, evidenciando su procedencia del género novelesco.

Al año siguiente, en 1910, publicó una recensión sobre la obra de Ricardo Agra-sot Zaragoza *Historia, teoría y técnica ornamental y decorativa de Egipto*. Mérida emitió un doble juicio crítico sobre esta obra, por no haber tenido en cuenta que «en Egipto —argumentaba— hay dos arquitecturas: una, la más antigua, de grandes masas, y otra ar-quitrabada, que es la que se desarrolla bajo los imperios tebanos, y que una y otra tienen su sistema decorativo (...) el arte tebano, sin duda el más rico de Egipto, es el que ha escogido el autor para su estudio (...) por apéndice al texto hay una bibliografía de obras todas extranje-ras, siendo notoria la falta de obras españolas, que siquiera por serlo debieran figurar en ella»<sup>(53)</sup>. Estas palabras estaban impregnadas de un sentimiento patriótico, posible-mente desmesurado cuando reclamó protagonismo para los egiptólogos españoles.

Los pocos arqueólogos e historiadores que en nuestro país cultivaban la egipto-logía en la primera década del siglo XX tuvieron que conformarse con recibir la in-formación y contrastar los estudios que alemanes, franceses e ingleses, básicamente, habían llevado a cabo en el país del Nilo. Ningún español había acometido hasta ese momento ningún estudio original sobre la civilización egipcia antigua y sólo el ma-nual de Mérida, escrito en 1897, abordaba de manera amplia el arte egipcio, si bien tuvo que basar el manual en bibliografía exclusivamente extranjera. Únicamente el diplomático catalán Eduardo Toda Güell había destacado por su aportación española

<sup>51</sup> Pertenecientes al antiguo fondo del Museo, destacan por la finura del trabajo. Los procedentes de la Biblioteca Nacional pertenecieron antes al Real Palacio y los del Gabinete de Historia Natural pertenecieron a la colección formada en París por Pedro Franco Dávila, quien la cedió a Carlos III. Datos y fotografías de los bronceos en MÉLIDA ALINARI, J. R. (1908), pp. 5-6.

<sup>52</sup> Escritor y arqueólogo español contemporáneo de José Ramón Mérida. Llegó a ser individuo corres-pondiente de la Real Academia de la Historia y cronista de Extremadura, región de la que era natural. Cultivó las humanidades en toda su extensión como demuestra la variedad de temas tratados en sus obras y artículos. Para más datos, véase ESPASA CALPE (1929), tomo 12, p. 95.

<sup>53</sup> En MÉLIDA ALINARI, J. R. (1910), p. 123.

a la egiptología mundial. De hecho, su nombre aparece en el Museo de El Cairo formando parte de la galería de ilustres egiptólogos del siglo XIX, entre los Mariette, Belzoni, Maspero, etc. Sin embargo, hay que reconocer que el caudal de conocimientos adquiridos por Toda<sup>54</sup> a lo largo de sus viajes y la facilidad para hablar lenguas orientales rebasaban los conocimientos de José Ramón Mélida, cuyos contactos con Oriente y conocimiento idiomático eran considerablemente más exigüos que los de Eduardo Toda. En ese sentido fue Toda un egiptólogo más experimentado (aunque posiblemente con menos erudición académica que Mélida) y de mayor contacto directo con la cultura y arqueología egipcias. Un arqueólogo sobre el terreno, alejado del anticuarismo y del arqueólogo de gabinete que tanto se estilaba entonces. Toda mantuvo además una estrecha amistad con los grandes egiptólogos europeos del momento; y de este contacto sacó como conclusión que la egiptología española se encontraba verdaderamente atrasada, invitando a las autoridades a solventar esta deficiencia, circunstancia que pasaría desapercibida posteriormente con la negativa a la creación de una cátedra de egiptología en la Universidad en el año 1900.<sup>55</sup>

Prácticamente en el ocaso de su carrera, en 1928, publicó Mélida en el «Boletín de la Real Academia de la Historia» una recensión<sup>56</sup> sobre la obra de A. Moret titulada *El Nilo y la civilización egipcia*, que consideró una obra de referencia en los estudios egiptológicos, sobre todo en su propuesta de establecer el punto de partida de la primera dinastía en el 3.315 antes de Cristo. Existía un punto de controversia entre los egiptólogos respecto a la cronología de la primera dinastía egipcia. Para unos era el año 5.000 antes de Cristo y para otros el 3.000 antes de Cristo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. & CASADO, D. & FONTES, F. & MEDEROS, A. & TORRES, M. (2004), *Prehistoria. Antigüedades españolas I*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- ALMELA BOIX, M. A. (2004), «José Ramón Mélida Alinari». En Ayarzagüena Sanz, M. & Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*, pp. 261-268. Madrid: Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- BEDMAN, T. (1998), *Investigadores españoles en el antiguo Egipto*, en página web [www.institutoestudiosantiguoegipto.com](http://www.institutoestudiosantiguoegipto.com).
- BEDMAN, T. (2001), *D. Eduardo Toda: modelo de filántropo y egiptólogo*. Conferencia impartida en el Museo Cerralbo (Madrid) el 13 de Noviembre de 2001.
- CASCALES Y MUÑOZ, J. (1909), *Los egipcios en la antigüedad. Su gobierno, su religión y sus costumbres*. Prólogo de José Ramón Mélida. Barcelona: F. Granada y C<sup>a</sup> Editores.
- ESPASA CALPE (1929) *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana*. Madrid-Barcelona.
- FITA Y COLOMER, F. (1909), «Congreso de El Cairo de 1909», «Noticias» del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 55, p. 368.

<sup>54</sup> Vid. BEDMAN, T. (2001).

<sup>55</sup> Véase BEDMAN, T. (2001), epígrafe titulado *El término del viaje*.

<sup>56</sup> Véase el «Boletín de la Real Academia de la Historia» de 1928, número 92, páginas 14-16.

- GRAN AYMERICH, E. (2001), *El Nacimiento de la Arqueología Moderna (1798-1945)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. Traducción al castellano de la publicación francesa de 1998.
- GUTIÉRREZ CUADRADO, J. (1985), «La lengua a debate», en Peset et alii (Eds.) *Pasado, presente y futuro de la universidad española*, pp. 68-90. Madrid: Fundación Juan March.
- JANSSEN, R. M. (1992), *The first hundred years. Egyptology at the University College London 1892-1992*. London.
- KUHN, T. S. (1981), *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- LARA PEINADO, F. (1991), «Un cultivador de la egiptología: José Ramón Mélida», *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 3, pp. 188-193.
- LÓPEZ GRANDE, M. J. (1997), «Los estudios de Egiptología en España y la Asociación Española de Egiptología». En Mora, G. & Díaz-Andreu, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, pp.721-728. Málaga: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- LUZÓN NOGUÉ, J. M (1993), «La Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso». En Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*, pp. 271-279. Madrid: Ministerio de Cultura.
- MARTÍN VALENTÍN, F. (1992-1994), «Notas para una historia de la Egiptología en España», *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 4-5, pp. 173-195.
- MARTÍN VALENTÍN, F. (2001), *Documentación del templo de Debod: salida de Egipto y su traslado a España*. Madrid.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1880), *El Sortilegio de Karnak*, Madrid: Casa Editorial de Medina.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1881), «La colección de antigüedades egipcias que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional», *Revista de España*, 78, pp. 93-105.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 a), *La religión egipcia (conferencia leída en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid)*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de El Correo.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1884 b), «Los museos arqueológicos de París», *El Imparcial*, publicado entre el 10 marzo, el 26 de mayo y el 12 de junio de 1884.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1897), *Historia del arte egipcio*, Madrid: la España Editorial.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1908), «La escultura egipcia en el Museo Arqueológico Nacional», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tercera época, 17, pp. 455-463.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1910), «Historia, teoría y técnica ornamental y decorativa de Egipto, por don Ricardo Agrasot Zaragoza», recensión en *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 15, pp. 122-124.
- OLMOS ROMERA, R. (1992), «Una mirada a la novela arqueológica de raíz decimonónica», dentro de la serie «*La Arqueología soñada*». *Revista de Arqueología*, 140, pp. 52-57.
- PASAMAR ALZURIA, G. & PEIRÓ, I. (2002), *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*. Madrid: Ediciones Akal.
- TODA, E. (1991), *L'Antic Egipte (con estudio y edición de Trinidad Montero; prólogo y supervisión de Josep Padró)*, Barcelona: Editorial AUSA.
- VERCOUTTER, J. (1997), *Egipto, tras las huellas de los faraones*, Barcelona: Ediciones B.
- WULFF, F. (2003), *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona: Editorial Crítica.